

CUENTO DE NAVIDAD

Por Gregorio Lagunas

Es Nochebuena y Navallo de Arriba para recibirla este año se ha vestido de blanco. Dicen los más viejos que ya no nieva como antes, cuentan que hubo años que estuvieron muchos días sin poder salir del pueblo, pero eso hace ya mucho tiempo. Entonces en todas las chimeneas se veía salir humo y aunque en el hogar la comida no era muy abundante, en todas casas existía vida como si cada una de ellas fuera un pueblo completo, dentro de ellas vivían los abuelos, hijos y nietos, teniendo todos bien estructurado el trabajo que se tenía que hacer.

Cuando venían estas fiestas, muchos días antes el pueblo se preparaba para recibirla, se juntaban las familias y la Nochebuena era una gran fiesta, donde se comía y se bebía y sobre todo se cantaba y se cantaba hasta que las gargantas enronquecían. Entre medio de la fiesta, se iba a la iglesia para oír la "Misa del Gallo" y luego se seguía hasta que los cuerpos agotados caían rendidos.

Los más viejos, veían todo esto con la nostalgia que da la edad, para ellos todo aquello ya pasó, solamente les quedaba la alegría de tener a la familia junta aunque sólo fuera ese día, los jóvenes con la fuerza de la juventud tronaban con sus cantos, y los pequeños con sus ojos bien abiertos, aguantaban horas y horas para, en los días sucesivos contar como un gran triunfo las horas que habían estado en vela.

Aquellos tiempos, solamente quedaron en el recuerdo. Con la mecanización cada día los campos se hicieron más pequeños, pero las bocas fueron aumentando día a día, por lo que primero abandonaron el pueblo los jóvenes y después los menos jóvenes, hasta quedar el pueblo como un panteón que sólo se visita en verano y en estas fiestas que viene alguna familia para ver a sus padres que no han querido salir del pueblo.

Esta Navidad, la mayoría de los habitantes se han marchado a pasarla fuera del pueblo, otros como Santiago y Ana no han querido salir, ellos dicen que son muy viejos y prefieren esperar a la muerte en su casa, ya que si salen de ella puede estar esperándoles agazapada en cualquier recodo del camino.

Hasta última hora han esperado la llegada de sus hijos y nietos. Todos se fueron hace muchos años y no han vuelto, pero este año estaban convencidos que vendrían a pasar las Navidades todos juntos.

A Manuel el pueblo se le hizo pequeño y se fue a Barcelona; María casó con un maestro que fue destinado a Extremadura y Juan nada saben de él, creen que estuvo trabajando en las minas de Asturias.

Muy juntos en aquella cocina donde tantas alegrías y tantas preocupaciones habían pasado, van recordando momentos de sus vidas, mezclados con alguna lágrima que Ana, más fuerte, procura cortar.

Poco a poco, al calor del hogar, sus ojos se van rindiendo al sueño quedándose profundamente dormidos.....

En la calle, como un eco lejano se oyen voces cantando las clásicas jotas de ronda. Son voces fuertes y recias que poco a poco se van acercando a la casa de Santiago y Ana, entrando todos los rondadores como si de una aparición se tratara, llenándose la habitación de voces y de risas. La cocina se llena de luz y Santiago y Ana como transfigurados van de un lado para otro sin saber exactamente lo que está pasando. Santiago se dirige hacia un armario de donde saca una bandurria que solo ella sabe los años que tiene, y como si sus movimientos estuvieran programados se une a los rondadores, mientras Ana se asoma a la puerta llamando a todos los vecinos para darles la buena nueva.

Juana, Antonia, Pilar venid, mirad, mis hijos han venido, todos están aquí, llegan de muy lejos con sus mujeres y sus hijos, Dios ha querido que nuestra ilusión se cumpla.

Se vuelve y se dirige a los recién llegados con voz cariñosa pero con un pequeño tinte de reproche.

¿Cómo habéis tardado tanto? Llevamos esperando años vuestra vuelta, día a día he salido a lo alto de la cuesta con la ilusión de veros venir, día a día he excusado vuestra ausencia por motivos de la distancia donde vivís y los muchos quehaceres que tenéis, día a día he llorado en el silencio de mi alcoba el haberos perdido. Dentro de mí sentía las entrañas doloridas, y aunque mi cuerpo ya no tiene el calor de mi juventud, sentía la misma sensación como cuando os tenía dentro de mi vientre, siempre con el miedo de perderos. Como entonces, la espera ha

sido larga y dolorosa pero por fin habéis venido y todas las penas y sufrimientos han huido asustados por la alegría que inunda mi alma.

Pero no paréis, cantad y bailad, cantad, que todo el mundo sepa de la alegría nuestra, esta noche me siento joven y quiero oír aquellas jotas de ronda que nos cantaban los mozos y que nosotras con rubor fingido oíamos entre las rendijas de las ventanas, cantadme aquellas jotas que nos cantaban en mayo. Yo también os cantaré aquellas canciones que os decía como en un susurro para que os durmierais, soñando con vosotros que erais solamente míos. También os cantaré aquellas canciones que nadie ha escuchado y que os cantaba en el silencio de la iglesia pidiendo por todos vosotros. Mis plegarias eran canciones de agradecimiento por tanta felicidad que sentía dentro de mí.

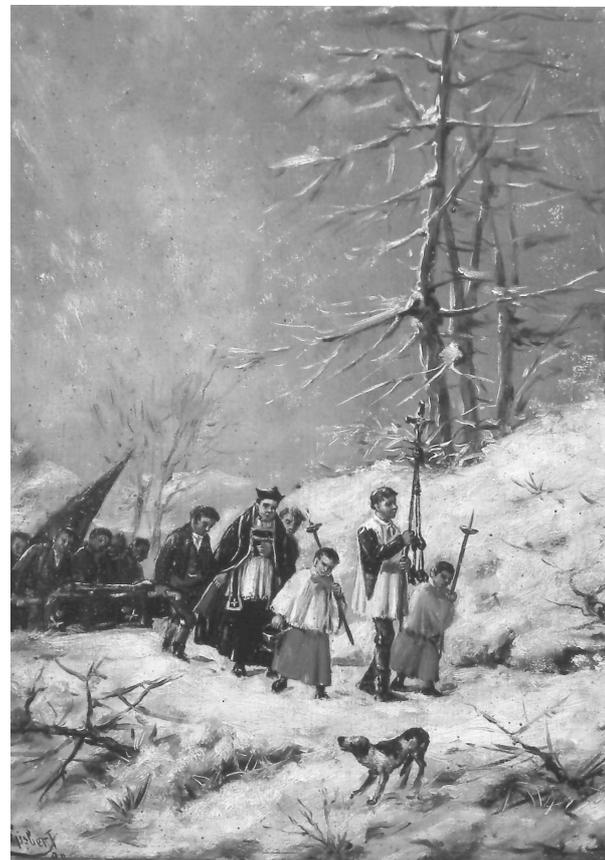
También cantaré todas aquellas canciones que desde pequeña oía a mis padres, y que como si de un rito se tratara yo os cantaba en los atardeceres del invierno, cuando alrededor del fuego esperábamos la llegada de vuestro padre.

Santiago en un rincón intentaba templar la bandurria, pero la pobre, lo mismo que él, estaba para pocos temples.

Todos siguieron cantando y bailando, unas veces recordando las jotas de antaño, y otras con nuevas canciones y bailes aprendidos fuera del pueblo.

A las doce de la noche con un sonido triste se oyó la campana de la iglesia llamando a la “Misa de Gallo”. En casa de Santiago y Ana todos quedaron callados escuchando de donde venía el sonido que poco a poco fue dejando paso a los cánticos de la “Misa Aragonesa”.

La noche siguió entre cantos, bailes, risas y lloros, poco a poco la habitación se fue oscureciendo y las voces de los rondadores se fueron alejando. Santiago y Ana en el frío de la habitación seguían muy juntos, esta vez no volverían a separarse jamás.



Entierro en la aldea, 1890

Salvador Gisbert

Óleo sobre tabla, 30x21 cm. Original en color.

Colección particular.

Publicado en "Salvador Gisbert. Recuperar la Memoria (1851-1912)".

Coord. Concha Lomba. 1997.

Gavà 1990 